

Textos, autores y lectores

Guillermo Turner

Umberto Eco, *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, 164 p.

Los libros han sido siempre tanto un recurso como un objetivo en el quehacer de los historiadores, por lo que cabe plantearnos las preguntas: ¿Hay un criterio para interpretar los sentidos de un escrito? ¿Cuáles son esos criterios? ¿Quién dicta —o debe dictar— esos criterios? *Interpretación y sobreinterpretación* es el resultado de la publicación de las conferencias Tanner de Clare Hall (Cambridge, 1990) en torno a este tema, las cuales han sido publicadas en español por Cambridge University Press. En ellas Umberto Eco fue invitado como ponente magistral, con tres ponencias y una réplica; los demás ponentes fueron Richard Rorty, Jonathan Culler y Christine Brooke-Rose.

Desde su primera conferencia, "Interpretación e historia", Eco defiende la idea de que algunas interpretaciones de textos deben ser calificadas como malas o incorrectas. Este estudioso de la semiología nos hace ver que la discusión de la interpretación debe ser resuelta a

partir de uno de tres criterios, los cuales se basan en los tres aspectos que entran en juego en la lectura: la *intentio auctoris* (intención del autor), la *intentio operis* (intención del texto) y la *intentio lectoris* (intención del lector o intérprete).

En esta conferencia aborda los antecedentes del debate contemporáneo sobre el tema del sentido de lo leído. Habla de las tradiciones del racionalismo griego y, sobre todo, del pensamiento hermético, que, apunta, triunfa en el siglo II d.C. Eco critica que en esta tradición, la interpretación es una labor que no queda definida ni limitada. Ésta se da, nos dice, como un "desplazamiento interminable del sentido" que surge debido a la intención de buscar un significado final e inaccesible. Bajo esta visión, acusa, "las palabras [...] esconden lo no dicho" y el lector se ve obligado a sospechar que cada línea de lo escrito esconde un significado secreto. Para él, desde el pensamiento hermético, la lectura se hace con un "exceso de asombro".

En su segunda ponencia, "La sobreinterpretación de textos", Umberto Eco sostiene que la intención del autor es hoy un criterio totalmente insostenible para estudiar y

definir la interpretación. Sus disquisiciones se dirigen al asunto de la coherencia textual. Ésta tiene para él un lugar y una importancia particular en la discusión de la interpretación. La noción de coherencia textual, nos recuerda, aparece ya en *De doctrina christiana* de San Agustín, donde señala que "cualquier interpretación dada de cierto fragmento de un texto puede aceptarse si se ve confirmada —y debe rechazarse si se ve refutada— por otro fragmento de ese mismo texto". En este mismo sentido, Eco llega a aceptar que un medio para realizar una interpretación válida podría ser lo planteado por A. J. Greimas: tomar en cuenta la isotopía, es decir, los elementos redundantes de categorías semánticas, los cuales hacen posible una lectura uniforme. Sin embargo, Eco se deshace pronto de esta vía pues considera que las isotopías semánticas —como en el caso de las metáforas—, no son útiles cuando son demasiado genéricas.

Este criterio posiblemente es descartado por el ponente debido a que Greimas concibió la coherencia textual como una característica propia del texto. Es evidente que Eco no es partidario de plantear el pro-

blema de la interpretación en el campo de la “intención del texto”, por lo que ancla el tema de la coherencia textual al elemento lector, utilizando aquel concepto sólo en relación con este último. Para Eco la intención del texto es sólo abordable en términos de las conjeturas del lector; la coherencia textual no tiene ninguna autonomía. Por su parte, se refiere al papel de la coherencia textual señalando que su virtud consiste sólo en poner límites al lector, al lograr controlar “los incontrolables impulsos del lector” (pp. 69 y 70). La forma de demostrar una conjetura será cotejándola —ahora sí— con el texto como un todo coherente.

En la tercera ponencia, “Entre el autor y el texto”, Humberto Eco se plantea el problema de si el autor empírico tiene algún papel en cuanto intérprete de su propio texto. De alguna manera retoma aquí la teoría planteada por la Nueva Crítica cuando sostiene que la intención del autor no sólo no es importante para la interpretación de un texto, sino que puede oscurecer y complicar la comprensión del sentido. (Sólo en un caso, nos dice, es importante el comentario del autor empírico: no para comprender mejor el texto, sino para comprender el proceso de creación del texto.)

Por su parte, Richard Rorty, reconocido autor norteamericano con una extensa obra filosófica, critica a Eco en su ponencia “El progreso del pragmatista” porque éste termina reduciendo la intención del texto a términos de un lector modelo. Para Rorty leer un texto consiste en hacerlo “a la luz de otros textos, personas, obsesiones, retazos de información o lo que sea” (p. 114). Las lecturas suplementarias, nos dice, conforman contextos novedosos en los que se sitúa el texto, y plantean

paradigmas a los que se enfrenta el texto en cuestión.

Hay que señalar que este ponente, desde una posición pragmática —en contra de toda visión esencialista—, critica la distinción entre “interpretar” y “usar” los textos, como lo plantea Eco en sus ponencias. Para Rorty toda interpretación hace siempre un uso particular del texto. Por su parte, una distinción válida —y útil— para él es la de lecturas “metódicas” y lecturas “inspiradas”. Estima que las primeras son hechas por quienes no se han sentido atraídos a cambiar la propia vida debido a la lectura. Se trata de lecturas que no han modificado “los propósitos de esos lectores más de que (*sic*) lo que el espécimen bajo el microscopio cambia el propósito del histólogo” (p. 116). Para él, las lecturas inspiradas tienen que ver, en cambio, con encuentros con un autor, con una trama o un personaje, que provocan concepciones novedosas sobre la vida, propósitos o prioridades del propio lector.

Jonathan Culler, profesor e investigador inglés con diversas obras sobre literatura y lingüística, en su ponencia “En defensa de la sobreinterpretación” critica a Eco debido a que, a pesar de lo inicialmente sostenido por éste, deja finalmente que sea el propio texto el que determine las preguntas que se le han de plantear. Señala también que estigmatizar las sobreinterpretaciones por medio de la noción “intención de la obra”, limitaría una extensa gama de descubrimientos. Asimismo, critica al semiólogo italiano por querer sostener, por un lado, que los textos guardan un margen muy amplio de interpretaciones, y por afirmar, por otro, que existen ciertos límites a la interpretación. Este ponente sostiene que no hay argumento alguno que pueda poner lí-

mites a los sentidos posibles de los textos.

Brooke-Rose, investigadora inglesa, tiene una obra sobre narrativa y estructura de lo fantástico. Su ponencia se aleja por desgracia de la discusión sobre el tema de la interpretación para centrarse en problemas de la “historia-palimpsesto” (realismo mágico) en diversas novelas.

La conclusión de Eco a las conferencias presentadas tiene un dejo muy propio de los criterios más convencionales en las ciencias naturales o exactas. Sostiene Eco en su “Réplica” que algunas interpretaciones siempre pueden ser cuestionadas, pero que además pueden ser consideradas como “fracasadas” por no ser capaces de producir nuevas interpretaciones, ni poder explicar las antiguas interpretaciones ya desechadas. El ponente considera, por lo visto, que en interpretaciones diferentes, algunas deben ser siempre equívocas y quedar superadas.

Este libro, así como las exposiciones, habrían sido aún más interesantes si Eco hubiera considerado los comentarios y críticas que le hacen los demás ponentes. Habría que retomar un comentario de Culler —sobre la intervención de Rorty— para aplicarlo a todos los ponentes: en estas conferencias éstos se remiten más a sus propias lecturas, o en el caso de Eco a sus propias novelas, y evitan centrarse de lleno en los argumentos, problemas y críticas de los demás participantes. Y esto nos lleva a pensar no sólo en nuestras formas individuales de hacer uso de las lecturas en el campo de la historia, sino también en nuestras formas colectivas —académicas— de exponer, discutir y replicar los diversos puntos de vista en la actualidad.